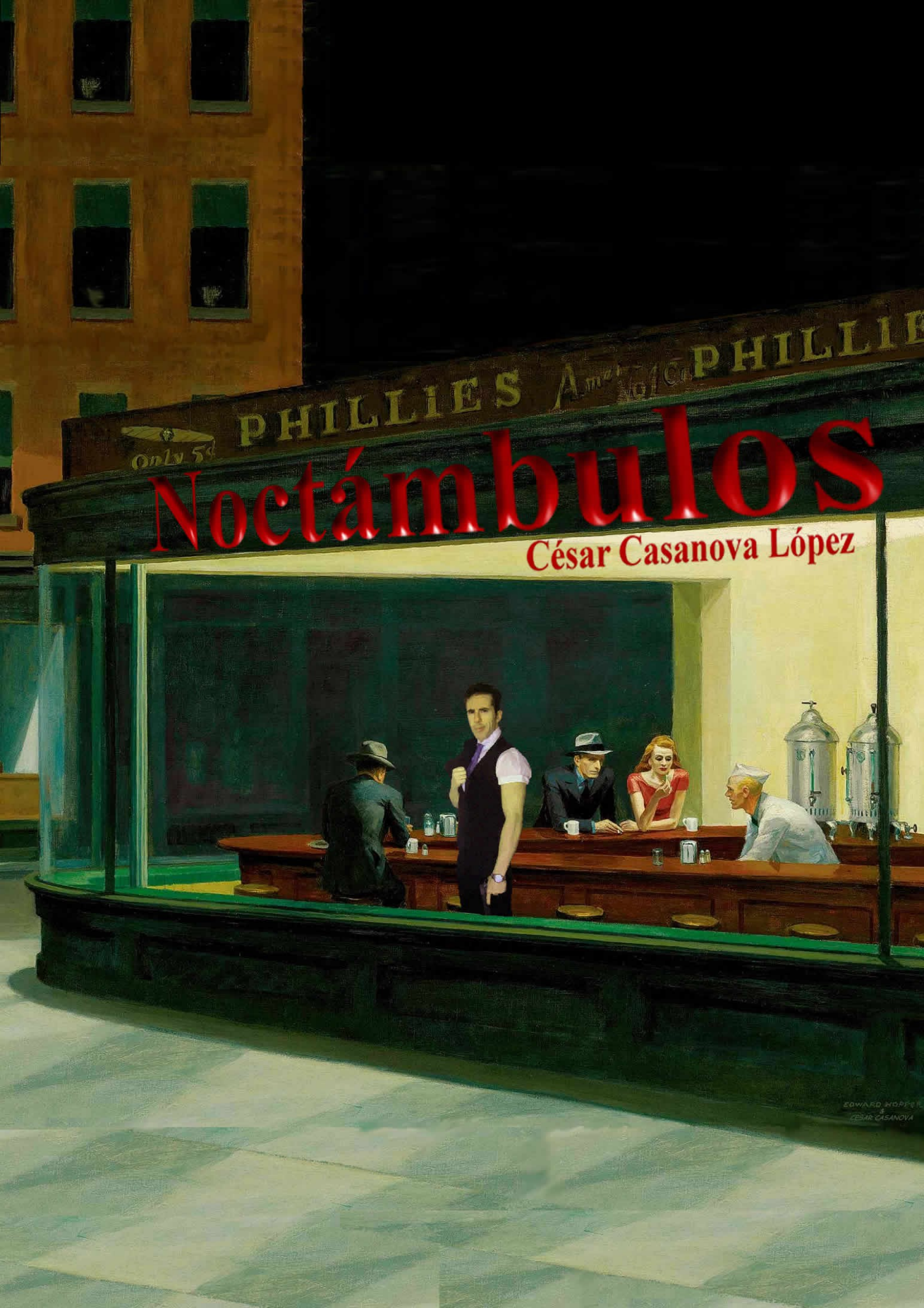


# Noctámbulos

César Casanova López



EDWARD HOPPER  
&  
CESAR CASANOVA

# Noctámbulos

(CORTADOS #2)



César Casanova López

<http://cortados.idomyweb.com>

Ver. 20091027 20.00

© 2009 César Casanova López



**Noctámbulos** por César Casanova López está liberado bajo una licencia Creative Commons: Reconocimiento - No comercial - Compartir bajo la misma licencia 3.0 España. <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/es/>

Escrito en Otoño de 2009 con OpenOffice.org

*Nil sapientiae odiosius acumine nimio*  
Séneca

La gente pasa sin prestarme atención. Es mediodía, pero la luz no llega a este sucio callejón. De todos modos, no creo que lograra descongelar mi trasero. Hasta el sol es gris en este puto barrio. Hace rato que el frío y la humedad han traspasado los cartones y los periódicos viejos sobre los que estoy tirado. Hoy no llueve, pero la niebla del Harlem ha decidido quedarse; y lo cala todo, hasta mis pobres huesos. Joder, estoy helado. Me desabrocho la chupa y saco la botella enfundada en una bolsa de papel que guardo junto a mis costillas. Pego un trago de vodka barato y el licor quema mis labios. Un escalofrío me recorre el cuerpo cuando el calor invade mis entrañas. El alcohol no ayuda mucho, pero al menos la sensación es agradable y calmará mi aburrimiento. Hace juego con el atuendo, además. Sin embargo, joder... es el peor vodka que he bebido jamás. Estos yanquis no saben más que imitar el whisky. En mi país no destilarían algo tan malo ni adrede... Pero volvamos al trabajo. Soy un vagabundo responsable...

La gente pasa sin prestarme atención. Hace frío, estoy medio borracho, no he comido caliente en meses, no he tomado un baño en años, tengo llagas, almorranas, infección de encías, dientes podridos, uñas encarnadas, callos, dolores musculares y articulares, problemas gastrointestinales, y una de estas noches heladas me quedaré tieso sobre la acera. Sí, me muero de asco, me duele todo y estoy cubierto de mierda. Debería quejarme como un recién nacido...

-Aaaahhh... ohh... Shiiiiit... Mmm... M'fukin' butt... -Gruño con voz ronca, mientras levanto el trasero para tirarme un pedo... Joder, realmente no siento el puto culo. Me encajo más aún el gorro de lana agujereado sobre mis greñas grasientas. Me rasco la barba. Me rasco los huevos. Me sueno los mocos en la manga. Me quito las zapatillas embarradas y las sacudo contra el pavimento encharcado. Me froto los pies cubiertos por unos malolientes calcetines con tomate. Me doy unas palmadas en las perneras roídas de mis vaqueros meados y deshilachados. Coloco de nuevo la botella bajo mi sobajo y me subo la cremallera de la cazadora, todo lo que da de sí. Palmeo mis manos para calentarlas y las escondo después en los bolsillos vacíos. Y la gente pasa sin prestarme atención. Pero es que estoy tirado en una sucia calle del South Bronx, y aquí los paisanos tienen bastante mierda encima como para preocuparse de los demás.

El grupo de chavales latinos pasa a mi lado sin prestarme atención. No entiendo una mierda de lo que dicen. Mi castellano no es muy bueno, y el suyo tampoco. Llevan unas pintas bastante ridículas. Pantalones caídos, gorras de béisbol, camisetas horteras tamaño preamá, tatuajes vulgares, abultadas zapatillas de marca, cadenas, cruces, oros... Supongo que cada comunidad utiliza sus propios símbolos tribales, sin importar lo estúpidos que resulten. Lo único interesante es un audífono diminuto en la oreja de uno de los chicos. Espero, simplemente, que sea duro de oído. Lo demás, tan solo un par de cadenas de acero colgando del cinto y unos bultos alargados en los bolsillos de algunos chavales. Nada realmente peligroso. A su edad deberían estar en el cole, pero se dirigen hacia el solar de la esquina. Allí donde los edificios ardieron cuando sus propietarios los bañaron de gasolina, allí donde se acumulaban montones de basura, donde se pinchaban los yonquis y donde se refugiaban los vagabundos, allí donde los bulldozer trabajaron meses para retirar escombros y cadáveres que a nadie importaban... No lograron controlar la zona, la mierda se reproduce cuando no hay salida. Por mucho que lo intenten, esto nunca será el Soho londinense. Los chicos se dirigen hacia el solar de la esquina; allí se sacan un

suelo vendiendo química. ¿Para qué van a perder el tiempo en la escuela pública? Seguramente el presupuesto de la escuela es inferior a lo que se paga por medio kilo de sus *caramelos*.

Un par de negros de unos treinta pasan a mi lado sin prestarme atención. Uno es alto y delgado, como un cadáver que jugase en la NBA. El otro es enormemente gordo y con perilla; parece que quisiera imitar a Big Pun. El flaco lleva un viejo y voluminoso *tocata* sobre su hombro. ¿Quién sabe de dónde sacarán tantas pilas? Los bafles vomitan un violento y constante pataleo de resentimiento. La pareja avanza al son de la *melodía*. Pasan a mi lado con el ceño fruncido y con la mirada desafiante fija al frente, como toros a punto de embestir. Pasan a mi lado y lo único interesante es el bulto bajo la camiseta del gordo. Una culata curva enfundada en la cintura de sus pantalones XXXL. Un calibre .20, seguramente. Nada realmente peligroso.

Un albañil pasa a mi lado sin prestarme atención. Arrastra sus botas de trabajo sobre la acera como si fuesen las cadenas de un esclavo. Quizá no se siente mucho mejor que sus antepasados, aunque tenga una paga más que menos fija. Su cuerpo huesudo se pierde bajo un mono azul manchado de yeso. Las pesadas herramientas tintinean en la mochila remendada y mugrienta que cuelga a sus espaldas. Camina con la cabeza gacha, sus ojos oscuros fijos en la porquería que cubre el suelo como una alfombra, su mirada perdida en el infinito cotidiano. Quizá se pregunta cómo pagará el alquiler este mes, o si sobrevivirá a la próxima subida del seguro médico, o si su mujer le volverá a gritar, o si su hijo volverá a escaquearse del cole con esa pandilla de gamberros que seguramente trapichea con drogas. Es un negro fuerte, pero la carga emocional de un buen hombre puede ser más pesada que los hierros que acarrea sobre sus hombros. No, ni siquiera las herramientas de su mochila prometen ser mínimamente interesantes. Nada realmente peligroso.

El tipo blanco de bigote y barba de dos días, gorra de granjero y botas de *cowboy* sale del burguer con una bolsa de papel grasiento y pasa a mi lado sin prestarme atención. Sube a una furgoneta azul marino descolorida y llena de abolladuras, la matrícula ilegible y descolgada. Sentado tras el volante, comienza a sacar la comida de la bolsa. Una lata de refresco, una hamburguesa, pollo frito en un bol de cartón y varias bolsitas de ketchup. Interesante, incluso peligroso... Después de unos minutos, un hispano barbudo con camisa de leñador y una bolsa de deporte roja llega desde el otro lado de la calle, abre la puerta y se acomoda en el asiento del copiloto sin decir una palabra. El vaquero tampoco se inmuta. Sin apartar la comida del salpicadero y sin dejar de tragar pollo frito, arranca y pisa a fondo. La furgoneta se desvanece dejando tras de sí una espesa nube de humo negro. Interesante, sin duda. Quizá fuesen polis, no pude ver bien sus tobillos. En cualquier caso, ya no están.

La yonqui se arrastra por la acera de enfrente sin prestarme atención. Pero no se la puede culpar, flota a la deriva en su propia mierda. Poco después de cruzar por delante de la puerta del motel, decide aparcar su cuerpo enjuto apoyándose contra la pared. Para ella debe ser un lugar tan bueno como cualquier otro para pasar el rato, o morir de una maldita vez. El cuero desgastado de su chupa resbala por la pintura grisácea, húmeda y desconchada, hasta que su culo raquíptico golpea el suelo. Y allí, en cuclillas, balanceándose de un lado a otro, continúa su discusión interminable con un compañero imaginario que sólo ella conoce. Los párpados caídos, los ojos no ven más que las alucinaciones de su cerebro jodido; los labios reseco murmuran y los insultos se deslizan entre los huecos de unos dientes que cayeron como hojas en otoño. Tendrá unos veinticinco, pero no sería un error imperdonable confundirla con una anciana anoréxica de setenta años. Su rostro está acartonado, consumido por el hambre que no es capaz de sentir. Lleva los finos cabellos canos, ásperos como el estropajo, atados en una tensa cola de caballo. Su cuello es un delgado haz de alambres. Se distinguen las costillas bajo su camiseta roída. Quién sabe si un día fue una joven bella y hermosa, de grandes tetas y culo respingón. Hoy no es sino un desecho biológico, un zombi con el cerebro chamuscado por la heroína, un cadáver embalsamado que se arrastra por las calles en busca de azúcar moreno. Qué puto desperdicio. Sus brazos esqueléticos se mueven como los de una marioneta mientras lucha con sus demonios. Bajo ese cuero pálido y enfermo que es su piel, tan sólo encontrarás venas agujereadas. En algún bolsillo de su chupa guarda un par de infectas jeringas y una cuchara requemada. Nada realmente peligroso.

El chino delgaducho sale del estanco y pasa a mi lado sin prestarme atención. Cruza la calle con pasos cortos y tranquilos, los párpados caídos y cara de indiferencia; como si la vida fuese larga y aburrida. Quizá para él la vida es demasiado larga y aburrida. Aunque en el fondo parece disfrutar de ello, o al menos se lo toma con resignación. Vuelve a su puesto, a su taburete junto al umbral del motel. Es algo así como el portero de ese edificio tan peculiar que tengo enfrente. El angosto portal da paso a un hall sombrío, y al fondo aguarda un recepcionista con gafas de sol tras un mostrador pintado de rojo chillón. Lo vi de madrugada, cuando aterricé en esta apestosa callejuela. He vagado unas cuantas horas por el distrito y tengo una idea bastante precisa del lugar. Los bloques grises y a punto del colapso de la barriada no suelen disfrutar del lujo de un portero. Sin embargo, el motel en cuestión es algo especial. El chino aburrido lleva siempre encima un walkie-talkie con el que avisa de cualquier incidencia al recepcionista, o a algún otro socio en el interior. Aquí en el Bronx, la mayoría son negros y puertorriqueños, pero esta manzana pertenece a los chinos. Según el informe, se trata de un local de apuestas y juegos de azar, pero también he visto bastantes putas. El chino delgaducho pasa a mi lado sin prestarme atención pero, antes de llegar a su querido taburete, su radar *antiescoria* detecta ese trozo de mierda delirante tirado junto al motel, y le grita algo que no llego a entender. Si no es algún dialecto cantonés, necesito urgentemente un curso intensivo de jerga neoyorquina. La *princesa del jaco* no le hace ni puto caso, y el amarillo no se molesta en repetir sus palabras. Entra en el portal y cuando vuelve a salir, un bate de béisbol cuelga de su pequeño puño. Camina hacia la chica con parsimonia, aún con esa expresión de indiferencia en el rostro. Escucho el roce de la madera sobre el hormigón mientras arrastra el pesado garrote sobre la acera, hasta que llega junto a la escoria blanca. El amarillo vuelve a gritar y yo continúo sin entender lo que dice. Pero cuando levanta el bate sobre su hombro, no queda duda alguna de su propósito. El bate cae sobre el cráneo de la joven y un ruido sordo y doloroso cruza la calle hasta mis oídos. Aún consciente, o igual de alucinada que antes, mejor dicho, la muchacha se levanta con las manos en la cabeza ensangrentada, quizá sin comprender por qué y de dónde le llegó el golpe. Pero sabe, instintivamente quizá, que la mejor opción es mover el culo. Y se marcha, zarandeándose de un lado a otro de la acera, como una marioneta triste. Se marcha sin dejar de proferir juramentos y amenazas, dejando a su paso un reguero de gotas carmesí. El chino la observa alejarse calle abajo mientras limpia de sangre el garrote, frotándolo contra la pernera del pantalón. Después vuelve a su taburete y enciende un cigarrillo. El humo le achina aún más los ojillos tranquilos. Sí, una vida larga y aburrida. No debe de ser fácil entrar en el motel. Ya pensaré algo.

¡Ey! ¿Pero qué es eso? ¿Hay alguien que sí me presta atención? Sí, ahora mira para otro lado, pero ese negro tirado en la acera de enfrente me estaba observando fijamente. Apenas había reparado en él. Tiene peor aspecto que yo. Más que negro, es gris. Es como un montón de bolsas de basura apiñadas con un gorro de lana encima. Es como un camaleón que se camufla entre la propia mierda de la calle. Seguramente esta es su zona y cree que le hago la competencia. Estos putos tirados tienen sus reglas. Pueden ser tan duros como los tiburones de Wall Street. Pero tranquilo, viejo, mañana es mi último día en el barrio; no te robaré las gotas de cerveza de la lata tirada junto a la alcantarilla, ni el medio sándwich roído y rancio de la papelera, ni la colilla sin apurar pisoteada sobre la acera... Mañana seré historia para ti. Así que deja de vigilarme. No me gusta que me presten atención, ¿sabes? Aunque con una escoria como tú... quizá pueda hacer una excepción. Nada realmente peligroso.

El pijo rubio de mediana edad que baja del autobús como si esto fuese Central Park no me presta atención. Sin embargo, yo vuelco todo mi interés hacia él. Y no soy el único. En este barrio, el blanco destaca como un lingote de oro entre un montón de calderilla manoseada. En este barrio, el pijo destaca como las bragas blancas de la puta negra que espera al final de la calle. El pobre funcionario cobra demasiado y no está acostumbrado a vestir mal, ni aunque lo intente. El informe psicológico indica que siente una gran necesidad de encajar en las más altas esferas del poder. Lo que no es decir mucho, la mayoría de la gente es así. Pero éste... Supongo que su yo interior le provocaría una histeria si intentase ponerse algo viejo, gastado o de segunda mano que no llamase tanto la atención. No es que vaya de traje y corbata, pero esa ropa de sport es de marca, de buena marca, está nueva, limpia y planchada... Y su cara, bien afeitada, fresca como

una lechuga. Sus finas gafas de montura al aire. Su piel tersa y morena por los rayos uva brillando bajo el cielo plomizo del Bronx. Ni siquiera se ha quitado el jodido Rolex. Con esa pasión por la ostentación podría haberme planteado el problema desde otro ángulo... Pero no hubo tiempo, es un aviso de última hora con carácter urgente. Además, según el informe, esa no es su única pasión. Siempre hay más de un camino...

El blanco pasa frente a mí sin prestarme atención, y titubea un instante delante del chino antes de sumergirse en el lóbrego vestíbulo del motel. El portero parece tan aburrido como hace una hora, pero cuando el pijo desaparece en el interior, levanta el walkie hacia su cara y lo deja caer un segundo después. Cuento unos diez minutos y el pijo está fuera de nuevo. No lleva nada en las manos y no hay ningún bulto bajo su ropa excepto una barriga incipiente. No hay sitio para tantos billetes. Me felicito de haber llegado a tiempo. Hoy sólo han acordado los términos, aún puedo conseguirlo. El tipo continúa hacia el final de la calle, seguramente coja un taxi en la avenida. El amarillo vuelve a toser sobre el walkie, y lo más interesante de su jornada laboral termina por hoy. Es hora de descongelar mi culo. Puedo celebrar el haber llegado a tiempo, sería una jodienda perderse este negocio. Mi Casio dice que es un buen momento para ponerse guapo y salir de putas. A estas horas estarán casi todas libres. Y necesito tiempo para encontrar a la chica adecuada. Hay que escoger bien, sería una tontería pagar a una profesional que no va a cumplir con satisfacción su tarea. Y la tarea en cuestión será algo más delicada esta vez. Nada bizarro, por otro lado. Pero no me gustaría quedarme con las ganas en mitad del asunto.

\*

Hoy he llegado pronto y, aunque iba bien vestido, aseado, afeitado y perfumado, nadie me ha prestado atención. Salvo ese jodido mendigo, que me ha vuelto a echar una mirada desdeñosa desde su colchón de periódicos atrasados. Sin embargo, no creo que el borrachín me haya reconocido, es imposible. Ese viejo mira mal a todo el mundo; busca una cara nueva y le echa sus pestes. Debe de ser su pasatiempo favorito cuando no está totalmente borracho. En cualquier caso, ¿a quién coño le importa? Y el chino de la puerta, ese ha prestado más atención a mis roñosos cuarenta pavos que a mi humilde figura; pero es lo que esperaba. A la chica que iba colgada de mi brazo sí que le ha echado un buen vistazo; y es que ella lo merece. El amarillo le ha susurrado algo al walkie y hemos entrado. Las mafias ya no son lo que eran; no creí que penetrar en un garito de apuestas pudiese suponer tan poco esfuerzo. No es que la seguridad del antro acabe ahí, sin embargo. Mi chica y yo no podemos pasar de la segunda planta; a partir de ahí tienen *kung fus* cebados con esteroides en todos los rellanos. Lo sé porque me lo dijo mi puta, que conoce el lugar. El ascensor está fuera de servicio, es otro dato importante. De haber funcionado, tendría que haber hecho algo al respecto. Así que no podemos pasar de la segunda. Los pisos superiores están destinados a los asuntos realmente guarros, como el juego ilegal, el tráfico de drogas quizá y, según parece, la compraventa de información *caliente*. La primera y la segunda son sucios apartamentos por horas, y hay putas de todos los colores. La mía es blanca, la necesito blanca, rubia, grandes tetas, diecinueve años y carita de niña buena. Ha salido al pasillo, como le dije, mientras yo espero sentado en la taza del váter. Es la mejor que pude encontrar. Tiene un cuerpo espectacular, pero en este antro no llamará la atención de ninguno de esos matones que corretean por los pasillos.

Al personaje que siempre prestarán atención en este barrio es al pijo blanco, que hoy vuelve a bajar del autobús con su pelo rubio engominado, su polo Ralph Lauren y su Rolex de oro. Seguro que esta vez camina con total serenidad por esta sucia callejuela del Bronx, como si pasease por la Quinta Avenida. Su mente está concentrada en toda esa pasta que le van a dar dentro de un rato. Y ni siquiera es algo que considere incorrecto. Al fin y al cabo, esa información estaba a su alcance y sus superiores no la iban a explotar, tienen asuntos más rentables de los que preocuparse. Echelon, o como quieran llamar los yanquis al sistema que utilizan para expoliar contratos empresariales de millones de dólares al resto del mundo civilizado, plantea tantos y tan jugosos negocios... Si este trabajito sale bien, se dice a sí mismo el pijo, volveré a consultar los retales descartados de la mayor máquina de espionaje industrial del planeta. En unos años podría

permitirse invertir en política, y entonces si que entraría a raudales en sus bolsillos la pasta de todos esos pringaos que cotizan hacienda. Viva el fantasma comunista. Viva la lucha contra el terror. Viva el Imperio y su democracia liberal.

El portero le deja pasar, el recepcionista le saluda y el pijo sube las escaleras con alegría. Está en plena forma, aún es joven y se acerca a la cima. Sólo de pensar en esos gruesos fajos verdes se le pone tiesa. Llega a la primera planta. Le encanta todo esto, su papel de espía y sagaz mercenario, la decadencia del lupanar, los matones amarillos con pipas relucientes, las jóvenes y sucias putas, el peligro, el dinero y el sexo... Sus venas bombean pura adrenalina. Si tan sólo pudiera contárselo a los cabrones de sus amigos, a la tonta de su mujer, al puto mundo entero... Quizá un día escriba un libro, es la mejor manera de contar verdades sin que te metan entre rejas. Sube el segundo tramo de escaleras, aún con tanta energía, quizá demasiada... Porque, ya antes de poder reaccionar, tiene los elegantes pantalones Hugo Boss empapados de vino barato.

- What the Fuck?! -Su mirada oscila una y otra vez de la puta a su propia entrepierna.

- Oh, shiiiiit, shiiiiit!. Excuse me, sir. Oh, shit! I'm so sorry! So sorry, my darling! -La puta se arrodilla de inmediato ante él e intenta arreglar el desastre. Pero es demasiado tarde, el jugo rosado ha inundado ya sus calzones Donna Karan.

- Stupid bitch! -Está cabreado. Joder, tiene los huevos bañados de esa puta mierda. ¿Cómo va a presentarse así ante los compradores? No es momento de hacer el capullo, joder. Pero ella es una buena chica. Con sus delicadas manitas intenta retirar el vino tinto de la entrepierna, al mismo tiempo que sus carnosos labios susurran palabras de clemencia. Los ojitos dulces mueven azarosos unas pestañas largas y sugerentes. Su escote está a punto de reventar por dos enormes tetas blancas, cuyos pezones se marcan en la camisa de algodón, casi transparente por la bebida que, según parece, también ha caído sobre ella. Las manos jóvenes de largas uñas rojas acarician la verga sin pudor, y ésta no tiene más opción que hincharse y crecer mientras el malhumor se desinfla. Su preciosa boquita está tan cerca del paquete, de ese paquete hinchado y duro... - Ok!, it's ok now -dice él. Ella se pone en pie. La ajustada minifalda blanca ha quedado arrugada sobre sus caderas, tan arriba que se puede distinguir un tanga de seda roja entre dos muslos torneados y perfectos. Él la tiene dura, muy dura, y sigue creciendo. Ella le pide mil perdones. Le dice que es verdad, que es una puta estúpida, que no debió ponerse en medio de la escalera con dos copas cargadas de vino en las manos. Le dice que es una profesional, pero una profesional de verdad. Le dice que no va a permitir que se vaya así, que en su habitación tiene ropa de caballero. Le susurra que en su habitación le puede compensar, que lo va a compensar con mucho amor. En serio, no le cobrará, es una verdadera profesional. Le susurra al oído que en el caso de un chico como él disfrutará compensándole, gratis. Le compensará como nadie le ha compensado, porque ella es una verdadera profesional, y está muy caliente, y está tan mojada. Y ella se acerca a él, con los parpados caídos y los labios entreabiertos... Y le besa suavemente, y le come la boca con pasión mientras continúa masajeadando su paquete hinchado y empapado por el vino.

- I... I don't really know... -Tartamudea él, después de saborear con gusto el pintalabios rojo. Pero ya no hay marcha atrás, ha llegado a ese umbral masculino en el que los sesos abdican ante la poya. Su respiración entrecortada, sus palpitaciones, su calor... El razonamiento consciente, la excusa, es algo así como: Necesito unos pantalones secos, nadie se va a enterar de esto, hay tiempo... y si no me follo ahora mismo a esta maldita puta me arrepentiré el resto de mis días. Ella huele la victoria, así que le agarra del cinturón y le arrastra hacia la habitación. Lo ha conseguido, le ha cazado. Entran y la puerta se cierra a sus espaldas. Ella le vuelve a besar, su lengua recorre sus dientes blancos y rectos, le acaricia las encías, el interior de los labios. Es sólo un beso, pero ella es una gran experta. Su lengua le acaricia la boca de tal forma que es mejor que la mejor de las mamadas que le hayan hecho jamás. Él la penetra con su lengua, presiona con fuerza la punta de su lengua contra la de ella y es casi como follar. Un escalofrío le recorre el cuerpo cuando se imagina lo que vendrá a continuación. Está muy caliente, y tan mojado que empieza a dudar de que toda esa humedad proceda únicamente del licor derramado. Cuando sus bocas se separan, ella susurra con esos tiernos labios rojos:

- Baby, I'm gonna fuck you all day long... -Una de sus manos abandona el paquete durante un instante para introducir la llave en la cerradura sobre el pomo de la puerta. El cerrojo gira, la llave sale. Una última caricia, un último beso, una última sonrisa y, dando media vuelta, se encamina hacia el baño.- I'll be right back, my boy... -La minifalda ha llegado a su estrecha cintura, y mientras camina, ese culo perfecto cruzado por un estrechísimo tanga rojo se contonea de tal manera que el pijo no puede más que bajarse los pantalones con urgencia. La puerta del baño se cierra, y ella me entrega la llave. Yo le doy la otra mitad de los trescientos pavos, y ella se queda mirándome con esa cara de corderito, como si de verdad le importase una mierda ese tipo.

- It will take just five minutes, ok? -Le digo, sin poder ocultar ese ligero acento alemán mio. Ella asiente y se queda allí, con el fajo de billetes en la mano. Pero sus ojos no me engañan. No, ni por asomo será ésta la experiencia más traumática que haya vivido con un cliente. Es una actriz estupenda. Qué lástima que no pueda llevármela conmigo, sería un agente muy útil. En el interior de su cabecita rubia está frotándose las manos. Trescientos es una buena cifra, y seguro que después encuentra unos cientos más en los bolsillos del fiambre, sin contar el reloj. Ya lo ha hecho antes, hay cosas peores. Cuando salgo del baño, me encuentro al buen funcionario con los pantalones bajados.

- What...? -Apenas puede imaginarse de qué va el tema. Pobre estúpido. Pero no soy un monstruo, ni disfruto siendo cruel; yo también soy un profesional. Apenas tiene tiempo de acojonarse; un par de zancadas y estoy sobre él. Mi mano izquierda agarra con fuerza su nuca, mientras la derecha hace girar el cuchillo sobre su pecho hasta que penetra entre las costillas y perfora el corazón. En dos segundos ha llegado al otro barrio. No niego que me produzca cierto cosquilleo encargarme de este tipo de gente, pero no es nada personal, en serio. Simplemente, el imbécil estaba a punto de mover cierta documentación de cierta empresa que no desea que ciertos proyectos se den a conocer antes de que las patentes hayan sido tramitadas y bla, bla, bla. O quizá tiene que ver con algún jugoso contrato de venta. Como cuando Raytheon utilizó la información proporcionada por la NSA para quitarle el contrato a Thomson-CSF para la venta de radares a Brasil, o como cuando Boeing y McDonnell Douglas utilizaron la información proporcionada por la NSA para quitarle el contrato a Airbus para la venta de aviones a Arabia Saudita. Supongo que es algo así, siempre lo es. Sólo soy un eslabón de la cadena de contra-espionaje privado. Sólo soy un agente *free lance*, un profesional que no sabe ni le importa para quién trabaja, siempre que paguen bien. No tengo ningún interés en el material, quiero cobrar y seguir viviendo. Y el material está allí, en el bolsillo izquierdo de sus pantalones. Qué triste, morir con los calzones bajados. Es una memoria flash tan pequeña que me alegro de el tipo fuera un estúpido novato. De haber sido un profesional habría tardado demasiado tiempo en encontrarla. Eso no evita que le registre a fondo dos veces más, soy un maldito profesional. Pero no hay nada más. Es hora de largarse de aquí.

\*

Los rostros de un par de presidentes fallecidos ruedan sobre sí mismos cuando las monedas caen por la ranura de la consigna automática número trece de la estación de tren de la calle novena, en Manhattan. Abro la pequeña puerta de acero que encierra esa estrecha cámara mortuoria de objetos incómodos, y deposito ahí dentro la memoria flash. Un diminuto trozo de silicio con capacidad para almacenar incontables horas de porno, y que por el contrario, un capullo decidió utilizar para un negocio que terminó con su salud. Cierro la puerta y la llave sale. Muy bonita, la cabeza es circular, pintada de rojo con el número del casillero en blanco; el cuerpo es dorado con dientes cuadrados. Saco el sobre del bolsillo interior de la americana y la guardo en él. Quito la tirita del adhesivo y me aseguro de que quede bien cerrado. La cartulina es de calidad; en el dorso aparece "*E. Hopper*" escrito a mano en tinta negra. No es mi letra, pero eso da igual. Me llevo el sobre al bolsillo interior, bien guardado junto al pasaje. Cogeré el vuelo de la noche. Me alegro de que todo haya salido bien. Mañana mi cuenta habrá engordado unos miles y yo me habré largado de esta puta ciudad.

Consigo un taxi en lo que tarda un cigarro en consumirse. No me lleva mucho más el

trayecto hasta el hotel 309. Entro y camino sin prisas hacia la recepción. Dos cámaras de seguridad, una pareja de viejos irlandeses discuten frente al ascensor que baja por la tercera, una mujer de mediana edad y gruesas gafas lee una revista en un sofá junto a una lámpara de pie, un sensor infrarrojo al final del pasillo. Nada realmente peligroso. El recepcionista es un chaval de unos veinticinco años con cara de aburrimiento.

- Evening...

- Good evening, sir. How can...

- Need to see Mr. Hopper.

- One minute, sir -contesta, y empieza a marcar el número de la habitación en el enorme teléfono negro de los años cuarenta que tiene a su izquierda. Pero la llave está en el casillero... Miro a mi alrededor. La pareja entra en el ascensor, la vieja continúa leyendo su mierda; nada realmente peligroso. Después de medio minuto, el chico se vuelve para comprobar que la llave de la habitación cuelga del número dieciséis y me dice por fin- Excuse me, sir. Mr. Hopper is not in his room. Do you...

- Yes. Could you give him this envelope for me, please? -y dejo la llave sobre el mostrador.

- Of course, sir -responde el chico. Recoge el sobre y se vuelve para dejarlo en el casillero.

- Ok, good night.

- Good bye, sir.

El ascensor ha parado en la quinta y la vieja sigue leyendo tras sus gafas de culo de vaso. Joder, es muy temprano. Aún tengo tres horas, tres putas horas en este puto lugar. ¿Por qué no me sobraron tres horas cuando me encargué de aquel trabajito en Marbella? Despido el taxi y decido matar el tiempo en la puta calle. Quizá le he cogido el gusto al papel de vagabundo... No, después de un rato pateando largas avenidas solitarias me arrepiento de haber dejado el taxi. Hace un frío de cojones y está todo muerto. Escucho hipnotizado el eco solitario de mis zapatos sobre el asfalto encharcado. Hay una calma extraña, como la que debe sentirse dentro de una cámara frigorífica, como la que debe sentirse en una sala de autopsias cuando todo el mundo se ha ido a casa. Soledad, oscuridad y una calma helada. Deprimente. Necesito un trago, con urgencia. Callejeo un buen rato antes de encontrar un establecimiento abierto. La luz pálida de los fluorescentes escapa por los grandes ventanales y amenaza a las tinieblas de la noche. El *diner* es como una gran pecera en medio de una habitación fría, oscura y húmeda. Una campana tintinea sobre mi cabeza cuando empujo la puerta. Dentro huele a tabaco y a café. El chico tras la barra levanta la mano para darme la bienvenida; yo le respondo con una leve inclinación de cabeza. Sólo se escucha el ruido de la máquina de café, y romper su armonía parece un pecado. Recorro el local en busca del lugar más solitario, pero eso no supone mucho esfuerzo. La única clientela consiste en una pareja de noctámbulos que toma café frente a la barra. Él, unos cuarenta, nariz puntiaguda, mandíbula cuadrada, sombrero, traje y corbata grises, sin bultos sospechosos. Ella, unos treinta y cinco, pálida, pintalabios rojo, largo cabello pelirrojo, vestido suelto a juego con el pelo y el pintalabios, sin bultos, ni sospechosos ni de ningún tipo. Deprimente. Necesito un trago, con urgencia. No hay cámaras, no hay sistema de alarma, no hay más escondrijos que el cuarto de baño. Camino hasta el final del mostrador, dejo la chaqueta sobre un taburete y descanso mi culo en el siguiente. El barman se acerca.

- Vodka, bite.

- Smirnoff, sir?

- Whatever...

Es un bonito vaso, lástima que el vodka estropee el conjunto. Pero sonrío. Para cuando digiera el sexto tiro ya estaré repanchingado en primera clase. Pego un trago de Smirnoff y el licor quema mis labios. Un escalofrío me recorre el cuerpo cuando el calor invade mis entrañas. El alcohol no ayuda mucho, pero al menos la sensación es agradable y calmará mi aburrimiento. El chico de la barra vuelve a la máquina de café. Después de un par de copas, las cosas más absurdas y cotidianas adquieren un interés superior. Todo es más trascendente y a la vez pierde seriedad. Ahora el barman se ha transformado en un pequeño robot, llevando a cabo esas pequeñas tareas de mantenimiento, rebotando de un lado a otro del mostrador. Sonámbulo, trabaja en medio de un sueño, de una sucesión infinita de *déjà vu*. Otro trago y aún me siento más

inspirado. ¿La parejita *feliz*? Es un par de *mantis religiosas*. Inmóviles, esperando. Dentro de un minuto podrías ver como él se lanza sobre ella y la folla sobre el taburete. Al rato te darías cuenta de que ella está masticando las vísceras de él. Pero no, él le acaba de pedir fuego y ella saca una pequeña caja de cerillas. Él fuma, la mirada perdida entre las botellas de licor. Ella juega con la caja de cerillas, la mira pero no la ve. Noctámbulos. Es la hora del descanso, pero somos noctámbulos, esperando un momento de verdadera calma que nunca llega. Después de cuatro tragos, es lo más relajado que me voy a encontrar hasta que abandone esta ciudad.

Es entonces cuando suena la campanilla y me despierta. Mierda, cuatro tragos despilfarrados. Ahora tendré que empezar desde el principio. Un tipo alto y negro como la noche invade la tranquilidad de nuestra pecera. Lleva una gabardina de cuero que le llega hasta los pies y un sombrero negro calado hasta los ojos. Saluda al chico y avanza junto a la barra. Instintivamente busco bajo mi sobaco izquierdo, allí donde cuelga mi daga de la suerte. Pero parece un tipo simpático; unos enormes dientes blancos resplandecen en su rostro oscuro cuando me ve. Lleva lentamente ambas manos hacia las solapas y empieza a quitarse la gabardina. Aparentemente está tan limpio como yo. Se sienta junto a mí y me sonrío de nuevo sin decir una palabra. Y lo peor es que me suena su cara. Yo sigo mirándole con descortesía mientras él se vuelve hacia el dependiente.

- Phillies, please -su voz es grave, pero suave. El camarero recoge una caja de cigarrillos que hay junto a la caja registradora y lo pone en el mostrador, frente al tipo.- Just one. Oh, and another one for my friend here.

- Five and five, ten cents, sir.

- Thanks -le digo al negro cuando me pasa el cigarro.

- It's time to celebrate, pal. Everything worked out.

- Who the fuck are you?

- Oh, just a poor tramp, Mr. Nieman -me dice, mientras hace girar sobre la madera del mostrador un objeto brillante. Gira y gira. Rojo y oro. Gira y gira. Y cuando deja de girar veo la llave entre sus dedos, el número trece grabado en letras blancas sobre un círculo rojo.- See you next time, son. -El cabrón se levanta, se echa la gabardina al hombro y camina hacia la salida. Cuando pasa junto a la pareja, la chica se gira hacia él, prende una cerilla y le enciende el cigarro. El tipo me sonrío una última vez y desaparece con un suave tintineo tras una nube de humo azul.

\*

Finalmente tuve que saborear el asqueroso sabor de ocho tragos de Smirnoff para adquirir un estado de relajación pasable. No hay tío más tonto que el que se cree muy listo. Y ese soy yo. Uno cree que lo tiene todo bajo control, todo atado y vigilado. Pero este es un mundo de noctámbulos. Siempre hay alguien que vigila. La cámara tras la cámara. El controlador del controlador. La calma nunca llega, siempre hay alguien planeando algo y otro que le vigila para impedirselo. Sólo las víctimas duermen tranquilas. Finalmente todos somos víctimas del control. Yo soy otro noctámbulo por vocación. Y en mi viaje de regreso tomo un par de copas más, pero soy incapaz de encontrar el sueño perfecto.

**Fin**

César Casanova López  
Madrid, 27 de Octubre de 2009